

Era las ocho y cuarenta y siete cuando Lola vino al mundo. Entre el tiempo de espera, la angustia de su familia y un padre ausente, ella lloró lo más fuerte que pudo, le dijo que al mundo que no se quedaría nunca callada y decidió abrir los ojos apenas para inspeccionar su espacio.

Pero le dolía el pecho. Le dolía un poco la vida apenas comenzando a vivirla. Sentía muchas manos encima de ella, tubos entrando por su nariz y su garganta; no entendía mucho de lo que pasaba, aunque sentía que había muchos ángeles blancos a su alrededor que le pedían quedarse, que le suplicaban luchar y dar la batalla por muchos años.

Pero le dolía el pecho. Estaba un poco cansada del poco aire al que apenas se acostumbraba y sentía que sus esfuerzos eran mínimos ante ese sufrimiento tan grande. Alguien le había susurrado que cuando saliera iba a disfrutar mucho todo lo que había de este lado. En casa le esperaba una habitación decorada con elefantes, una mecedora acolchada, peluches y muñecas, un tractor decorado con flores y cubos de manera que juntos formaban su nombre.

Lola pensaba en todo eso, en las veces en que le cantaron historias de conejos, de pájaros que volaban al cielo amplio y volvían con un fragmento de arcoíris en su diminuto pico. Eso era el mundo, no ese dolor en el pecho que apenas le dejaba abrir los ojos y llenar de aire sus pequeños pulmones.

Dijeron que su padre volaba, que venía de camino por el cielo, y ella lo imaginaba bajando del mismo arcoíris de las canciones. Su madre lloraba a unos metros de su cama y no entendía qué pasaba, hacía muchas preguntas mientras sus tíos la calmaban un poco.

La metieron en una caja de cristal donde las luces de la sala se reflejaban de colores. Estaba un poco más tibio que afuera y sintió, por primera vez, algo acogedor que le invitaba a tranquilizarse. Intentó cerrar un poco sus manos, pero la fuerza era poca; intentó coger aire para llorar con aquel grito que le caracterizó desde que vino al mundo, pero el pecho, de nuevo el pecho. Le dolía el pecho.

Con sus ojos cerrados, tratando de entender los llantos, las angustias, un padre en camino, su madre que lloraba y muchos ángeles blancos alrededor suyo, decidió calmarse un poco. No tenía otra alternativa que luchar con lo que tenía: un corazón pequeño, unos puños cerrados en batalla, sus pulmones combatientes y estas personas a su alrededor que querían que se quedara.

Pasados unos minutos pudo entreabrir su ojos derecho y ver cómo los colores de la caja se intensificaban. Tal vez de eso lo que siempre le enseñaron en cada canto, le enseñaron a tomar la ruta del arcoíris y volver poco a poco, al encuentro de una paz imposible de medir con nada. Cuanto más pensaba en salir de ahí, el dolor bajaba, y estaba bien, estaba bien llegar al mundo y dejarlo porque no era el mundo. Decidió que volaría también, que aunque su tiempo en la tierra fue minúsculo la eternidad se mide de muchas formas.

Antes de salir por completo, decidió pedir un deseo: ella dejaría este mundo, pero se quedaría en forma de mirada en otros niños, su corazón sería entregado a alguien a quien no le cantaran las canciones que ella conocía, alguien que más bien eligiera quedarse. Sus pulmones viviría en unos kilómetros de su ciudad, en otra niña a quien nombrarían Susana. Viviría el mundo de otra forma, sin ese dolor que la agobiaba.

Eran las nueve en punto. Lola supo que había gritado lo más fuerte al menos para que su padre la escuchara.